**SELMA**

*Y yo, materialista que no cree*

*en el celeste cielo prometido*

*para ningún humano,*

*para este perro o para todo perro*

*creo en el cielo, sí, creo en un cielo.*

(Pablo Neruda)

Te llamaste Selma por la protagonista de ese *best seller* de los años 80, “De parte de la princesa muerta”. Pensé que, siendo una perra abandonada, para compensar, debía ponerte el nombre de una princesa turca. Esta es la primera cosa de ti misma que nunca supiste. En realidad, no supiste nada. Los perros no saben nada, dicen que sois puro instinto. Los perros tampoco saben leer, ni tienen dirección postal a su nombre, no sé qué sentido tiene escribir esto.

Lo cierto es que tengo una sensación dentro de mí que me recuerda a esa necesidad adolescente de declarar mi amor incondicional a cada muchacha que me removiera por dentro. Ahora no hay nadie a quien enviarle esto, por aquel entonces daba igual quien lo leyera, el caso era escribir para sentir cierta paz. En tu caso, intuyo que seguiré viéndote en ciertos anuncios y cambiaré de canal, o en la calle acompañando a personas, y seguiré apartando la vista.

Solo hay que escribir sobre el dolor cuando ha pasado. Pero los homenajes también hay que hacerlos en el momento justo. Es pronto para que la herida haya cerrado y empieza a ser tarde para el reconocimiento, pero este brindis al sol al menos paga, en parte, mi

deuda con el recuerdo. Porque, y esta es la segunda cosa que no sabes, llevo intentando olvidarte un año y no hay manera. Metódicamente intento evitarte, por mera pura supervivencia, no te ofendas. Intento justificarme porque yo soy un ser humano y nosotros somos seres racionales. También orgullosos. Y claro, uno, al que los chicos duros de su barrio le enseñaron que hay que mantener el tipo ante todo, está escribiendo a su perra muerta a las tantas de la madrugada mientras bebe cerveza. Algo tan cursi necesita justificación, de un párrafo considerable, además.

Yo no te quería. Como tampoco quiero a los niños de la ONG a la que pago desde siempre para matar mi mala conciencia, pero tener mala conciencia por una perra ya era demasiado para mí. Son arrojados niños a este mundo sin un futuro, demasiados, como para sentirme responsable de otra perra abandonada. Eso es lo racional, y yo, como Neruda, soy materialista. Sentir compasión por el prójimo me lo permitía, una concesión solidaria al género humano, a mi especie. Sentir lástima por un bicho que vagabundeaba alrededor del campo de golf entra dentro de la categoría de la sensiblería barata, y yo, además de haber estudiado, soy de un barrio, repito, de chicos duros.

Te colaste en el *green* del hoyo ocho, correteando desorientada, y fastidiaste la jornada a la gente que jamás hubiera tenido una perra como tú, mezcla indeterminada de todas las razas proletarias de perro, prácticamente sin pelo y en los huesos. Me pareció graciosa la

metáfora. Ya que el movimiento obrero está muerto, al menos una perra vagabunda con conciencia de clase molestando un poco a la burguesía acomodada. Desconfiada, pero hambrienta, te dejaste atrapar por un trozo de pan. Tranquila, te entiendo, como buen materialista, yo sé que lo primero es el pan y después el orgullo. Atada a una cuerda te entregaron al hombre que todos los días guardaba la puerta del club de golf sin saber que no es guardia de seguridad. Él sí que te quería, fue amor a primera vista. Seguramente supiera que, en el fondo, tanto él como tú, teníais algo esencial en común: estar plantados en este mundo como un par de parias, desheredados de la Tierra, piezas de un puzle en el que no encajabais ninguno de los dos.

Humillado más que de costumbre, el guarda del club de golf que no sabía que no lo era, apareció al día siguiente contigo atada a esa cuerda repitiendo una y otra vez que en su casa le aceptaban a él o a ti. Así es como entraste en mi casa. Mariló no consiguió engañar a ninguno de sus compañeros en el campo de golf. Me avisó prudentemente, “solo es esta noche, hasta que la protectora abra mañana”. No podía negarme. También avisó de que no eras bonita y efectivamente, no lo eras. La mala vida es lo que tiene. A saber qué hiciste y qué comiste hasta que alguien se aburrió de ti, a los seis meses de vida, que calculó el veterinario. Mariló utilizó la estrategia que en su infancia funcionó con sus padres, cuando recogía perros abandonados que aparecían por su barrio. Lo hizo bien, puedes considerarla tu mejor abogada defensora.

Reconozco que me diste cierta lástima cuando te dejé en ese sitio. “Estamos a tope y es mezcla de fox terrier, ya veis que ladra mucho y enseña los dientes así que… o la adoptan rápido o habrá que sacrificarla”. Pero así es la vida, tú eras una perra y todos los días hay dramas más serios. Creo que ese fue mi frío argumento mientras volvía a casa, habiéndome quitado el peso de encima, mientras Mariló lloraba de nuevo en silencio, rendida esta vez. Ahí debían haberse separado nuestros caminos definitivamente.

A los tres días llegó de trabajar Mariló con su hermano y me dijeron que a su padre le habían diagnosticado un cáncer incurable de estómago. Lo único que se me ocurrió decir para responder a semejante sentencia fue que vaya noticia, menuda pena, porque estaba esperando que llegara a casa para ir a buscarte y que vivieras con nosotros. Fue arriesgado, pero supe que había funcionado porque mientras nos abrazábamos, entre sollozos, me preguntó si era verdad eso. Y yo mentí como nunca. Viniste a nuestra casa por mero utilitarismo. Perdóname. Pero tú habías vuelto para servir de distracción mientras la tragedia se iba consumiendo día a día en el hospital. Y después… Y después no había plan. Por eso buscaba en internet cruzando los dedos cuánto vivía de media un perro mestizo. Por eso te maldije cuando leí que quizá quince años. Hoy pagaría todo lo que tengo en el banco por el año y medio que la naturaleza te

debe.

Hiciste bien tu papel. Si de lo que se trataba era de ser mi secreta cortina de humo que permitiera a Mariló pensar en otra cosa mientras su padre se iba consumiendo, lo hiciste mejor que bien. Eras tan trasto, tan indómita, tan imprevisible, que era imposible ignorarte por mucho que el desenlace de la enfermedad estuviera cerca. Los perros no saben nada, sois solo instinto, pero el tuyo era especial, porque posabas tu cabeza en sus piernas cuando se rompía pensando en su padre y yo no sabía qué decir. O para saltar en el silencio más funesto al sofá y comerle la cara a lametones, como si tu instinto te dijera que no es bueno que a quien te da de comer le resbalen gotas saladas por las mejillas. Diste toda la lata que un perro puede dar y solo por eso ya te tomé en serio. Un materialista histórico lo menos que puede hacer es ser justo con su empleada. Tú hiciste bien tu trabajo, yo intentaría aprender a quererte.

Sabes que cumplí lo mejor que pude y perdóname, una vez más, por no entender cómo siendo tan cariñosa enseñabas los dientes y ladrabas los pobres ancianos con cachava, o a mí cuando cogía la escoba para barrer, o la fregona… No nos dimos cuenta de que hasta los perros tienen biografía, de que el “instinto” es un modo muy simple de llamar a lo que vosotros hacéis y sentís. El día que vinimos tarde del cine y al abrir la puerta vimos tu charco de orina en la entrada de casa… y empezamos a gritar tu nombre, muy cabreados, entendimos. Saliste al pasillo temblando, casi con convulsiones, con los ojos medio cerrados, las orejas y la cabeza gachas, queriendo enseñar los dientes, aunque apenas eras capaz de hacerlo. Es normal que tuvieras manía a las cachavas, las escobas, las fregonas. Dicen que la infancia es la patria de un hombre. Los perros no tenéis infancia, pero parece que los palos recibidos quedan igualmente grabados a fuego para siempre, como los que un niño recibe con el primer ridículo o la primera decepción.

Algo mal he debido hacer en la vida cuando reconozco que adoptarte fue lo mejor que hice en los trece años de vida que estuvimos juntos. En el siglo XXI ya no se trata de cambiar el mundo, pero tú cambiaste el nuestro, que era muy pequeño y ahora sin ti lo es mucho más. Una vagabunda proletaria que revolucionó nuestra vida. Cada llegada a casa tuvo otro sentido contigo esperando. Ya no nos gusta salir al monte sin ti. Echo de menos tu olor. Mariló sigue llorando porque ella se niega a olvidar por mucho que yo se

lo pida.

Uno escribe cosas a veces, unas peores que otras. Siento que esta carta a mi perra muerta es el mayor fracaso desde que escribo. Me falta espacio, me falta oficio. Seguirán pensando que lo tuyo era instinto y que lo mío no era amor.